

Los 200 años de Jacques Offenbach

por Jacobo Kaufmann

Sobre la vida y obra de Jacques Offenbach (1819-1880) se han escrito decenas de libros e incontables artículos en idiomas diversos, pero ninguna biografía en español. El autor de este artículo, director de escena de ópera y avezado investigador del compositor de Colonia, ya comenzó a remediar esa falta. Ha escrito un libro cuyo tema no ha tratado hasta la fecha ningún musicólogo, crítico o autor literario, y que interesa particularmente al lector hispanoparlante.

Ese libro se llama Jacques Offenbach en España, Italia y Portugal, publicado por Libros Certeza en Zaragoza.

Jacob Offenbach —de quien celebramos este año el 200 aniversario de su nacimiento— vio la luz en Colonia el 20 de junio de 1819, en el humilde hogar del talentoso cantor, poeta, escritor y maestro de música judío Isaac Eberst (el apellido de cuyo padre, Juda, era Eberstadt), que para aquel entonces ya había adoptado el apellido de Offenbach, nombre de su ciudad natal.

A muy temprana edad Jacob demostró sus excepcionales dotes de violonchelista. Su hermano mayor, Julius, destacó como violinista. Isaac decidió en 1833 llevar a sus dos hijos a París. Él mismo se presentó al cargo de cantor en la sinagoga de París, pero no lo obtuvo. Muy distinto fue lo que ocurrió con sus hijos, especialmente con Jacob, admitido excepcionalmente por Luigi Cherubini como estudiante de violonchelo en el Conservatorio Nacional de Música de esa ciudad, y Julius, quien según parece tuvo ocasión de tomar algunas clases con Niccolò Paganini.

Al cabo de muy poco tiempo, y después de abandonar el Conservatorio por considerar insuficiente lo que estaba aprendiendo, Jacques comenzó a componer música instrumental y vocal, así como valsos y danzas diversas para el célebre Jardín Turco y otros sitios de diversión popular. Simultáneamente, cobró fama de violonchelista virtuoso, lo que le abrió las puertas de importantes salones, y hasta del palacio de Buckingham, donde se presentó ante la reina Victoria.

Poco después se casó con Herminie de Alcain, hija de José María Xavier de Alcain, general carlista caído en desgracia, y se convirtió al catolicismo, condición impuesta por su futura suegra para autorizar el casamiento.

Gracias a un conocido obtuvo el cargo de director musical de la Comédie Française, para la cual compuso música de escena, y finalmente en 1855 dio el paso que lo llevaría ineludiblemente a la gloria como compositor de música escénica y hábil empresario teatral. Fue el 5



Jacques Offenbach
Foto: Gaspard-Félix Tournachon (Nadar)

de julio de 1855, en plena Exposición Universal, cuando Offenbach abrió las puertas de Les Bouffes Parisiens sobre la avenida de Champs Élysées, aproximadamente en el sitio que hoy ocupa el teatro Marigny, con cuatro piezas de su propia pluma. Fue tal el éxito de esta empresa, y tan masiva la afluencia de público, que el 29 de diciembre de ese mismo año Offenbach inauguró, en el Passage Choiseul, el Théâtre de Bouffes-Parisiens que sigue en pie hasta la fecha.

El resto es historia. A lo largo de su vertiginosa carrera, Offenbach compuso más de 100 obras para la escena, y reunió en 25 años un repertorio inigualado de *opéras comiques*, óperas bufas, operetas, bufonías musicales y óperas de grandes dimensiones: 95 de ellas fueron representadas y publicadas en vida del compositor. Aquí no nos alcanza el espacio para enumerarlas todas, mas no podemos menos que señalar las más conocidas.

En primer término —y en un sitio reconocido universalmente— se encuentra su gran ópera fantástica en tres actos, con prólogo y epílogo *Les contes d'Hoffmann* (*Los cuentos de Hoffmann*), que con todas las peripecias a que ha dado lugar no falta en el *cartellone* de ningún teatro de ópera respetable. Fue la última ópera que compuso Offenbach y quedó inconclusa, pues murió cuatro meses antes de su estreno y solo completó la partitura para piano, habiendo alcanzado a orquestar el prólogo y el primer acto.

Luego están sus éxitos principales: *Orphée aux enfers* (*Orfeo en los infiernos*), *La belle Hélène* (*La bella Elena*), *Barbe-bleue* (*Barbazul*), *La Grande-Duchesse de Gérolstein* (*La gran duquesa de Gerolstein*), *La Périochole* y *La vie parisienne* (*La vida parisina*), verdaderos puntales del repertorio de vena más ligera, aunque no por ello menos importantes, no sólo por lo que atañe a la música, sino también en lo referente a su aguda y certera crítica sociopolítica, y a su despiadada caricatura de personajes e instituciones conocidos por todos.

Finalmente, y porque no se menciona a menudo, conviene destacar



Luigi Cherubini admitió a Offenbach al Conservatorio de París
Retrato de Jean-Auguste-Dominique Ingres (1841)

Die Rheinnixen (Las ninfas del Rin), una gran ópera romántica estrenada en Viena en 1864 y resucitada recientemente, que incluye varias melodías que el compositor volvió a utilizar, en contexto distinto, en *Los cuentos de Hoffmann*.

Sus triunfos, sin embargo, no se limitaron a París.

Offenbach viajó constantemente, principalmente a Viena, donde estrenó varias decenas de sus creaciones. Los teatros de toda Europa representaban sus obras en idiomas diversos, desde la península ibérica hasta los confines de Rusia. Su fama también llegó a las Américas, la del sur y la del norte, y Offenbach se transformó en lo que hoy llamaríamos un *superstar* universal.

Paralelamente, ocurrieron en Europa sucesos decisivos para su futuro inmediato y más alejado, y cruentas guerras que desembocaron en significativos cambios políticos. Citemos solamente el apogeo y caída del imperio de Napoleón III, la creación del imperio alemán bajo el reinado del *Kaiser* Guillermo I, la fundación del reino de Italia, encabezado por Vittorio Emanuele II, las campañas de Garibaldi, las derrotas del Papa Pío IX, la expulsión de los austríacos de Lombardía y del Véneto, y la anexión de países enteros del este europeo por parte del emperador austriaco Francisco José I. En España fue derrocada la reina Isabel II, y comenzó la búsqueda de un candidato apropiado para reemplazarla. Ascendió al gobierno temporalmente el general Francisco Serrano. Después ocupó el cargo Amadeo I de Saboya, y finalmente regresaron los Borbones.

Offenbach, sin duda uno de los más asiduos pasajeros de los incipientes ferrocarriles, viajó imperturbable a pesar de todo, compuso, dirigió y mantuvo una de las más activas correspondencias con libretistas, empresarios y cantantes que uno pueda imaginar. No cabe duda que, de haber existido el teléfono, las cuentas de Offenbach hubieran llegado a cifras astronómicas.

Por momentos sus obras son representadas en cuatro salas parisinas simultáneamente, y su autor las visita en su carruaje, donde había mandado instalar un pupitre, para componer en el trayecto entre una y otra. La gloria de Offenbach no parece conocer límites. A sus espectáculos concurrían no sólo el emperador Napoleón III y su consorte Eugenia de Montijo, sino las testas coronadas y los jefes de estado de toda Europa, que festejan sus ocurrencias, a pesar de reconocerse deformados y distorsionados ferozmente entre los personajes de la escena.

Offenbach también fue duramente combatido por periodistas y otros personajes, cuya inmensa envidia, combinada con atávicas expresiones de antisemitismo delirante no tardaron en manifestarse. A pesar de haber obtenido la ciudadanía francesa y haber sido condecorado con la Legión de Honor, siempre fue considerado extranjero. De nada le sirvió su bautismo, porque siempre le recordaron sus raíces judías.

En 1870 las trágicas circunstancias de la guerra franco-prusiana

fueron la excusa para que en Francia y Alemania lo calificaran de corruptor del buen gusto, de la moral y de las buenas costumbres, y ¿por qué no? culpable de todos los desastres bélicos. En 1870 percibió en toda su magnitud que su seguridad física y la de los suyos estaban en peligro. Ese fatídico año ha sido siempre el que más interrogantes plantea a los investigadores de las actividades del compositor. Fragmentos de noticias aisladas, y alguna que otra carta de contenido dudoso, en lugar de aclarar las cosas, las complicaron aún más.

Napoleón III había sido derrotado y hecho prisionero el 1 de septiembre de 1870 en la batalla de Sedán. Una semana después se ordenó el cierre de todos los teatros parisinos, y diez días más tarde comenzó el sitio de la capital francesa. Obedeciendo a un instinto que osaremos calificar de genético, a un sano presentimiento y a un olfato precoz, sabiendo que la fortuna es pasajera, y que la popularidad de hoy puede velozmente transformarse en el odio de mañana, Offenbach decidió dejar la ciudad y poner a salvo a su familia.

Offenbach en España

Ya en julio, cuando las tensiones políticas aumentaban y se cernían sobre Europa nubes de mal agüero, viajaron todos a Étretat, en la costa de Normandía. En septiembre se trasladaron a Burdeos, luego a Bayona, y finalmente, cruzando la frontera, a San Sebastián, para residir en la calle Alameda número 7, donde vivían parientes de Herminie de Alcain (la mujer francoespañola del compositor). Luego, así lo afirman varios autores, basándose en cartas del compositor y de su esposa, algunas de ellas escritas con el evidente propósito de despistar, Offenbach viajó a Italia, a Viena, nuevamente a su casa de Étretat, y finalmente, en mayo de 1871, regresa a París.

Pero a todos esos autores se les ha pasado por alto una información vital, que explica muchas cosas, ya que desde fines de septiembre hasta mediados de octubre Jacques y Herminie estuvieron en Madrid. Lo confirman los principales periódicos españoles de la época, donde también se mencionan las triunfales ovaciones que recibió el maestro en el Teatro de los Bufos Arderius y en el Teatro de la Zarzuela. En este último, y a instancias de su director Francisco Salas, dirigió musical y escénicamente las repeticiones de *Les brigands (Los brigantes)*, que no había entusiasmado el día de su estreno, pero que ahora arrancó aplausos atronadores del público y el elogio unánime de la prensa.

Ya en años anteriores, y sin que fuera necesaria su presencia física en la capital española, Offenbach había alcanzado allí mayor fama que cualquier otro compositor nacional o extranjero del



Offenbach con su esposa e hijos

momento, con excepción quizás de Verdi y Rossini. Pero estos cultivaban los géneros así llamados “serios” de la ópera, en tanto que Offenbach se había convertido en figura predominante de lo que desembocaría en el “género chico” de la zarzuela.

En Madrid, donde el empresario Francisco Arderius, al frente de la compañía Bufos Madrileños, competía ferozmente con el santuario zarzuelístico de la calle Jovellanos, ambos teatros pugnan por estrenar el mayor

número posible de óperas bufas, óperas cómicas, y operetas de nuestro compositor. Tan es así que hemos podido comprobar que en España se estrenaron en vida del mismo más de 30 de sus obras, un número similar al de Viena que, después de las salas parisinas, fue la escena de sus mayores triunfos.

Si bien los primeros títulos de Offenbach en un acto que llegaron a Madrid fueron representados en un principio en francés por elencos itinerantes, muy pronto sus demás obras, que aquí fueron denominados “zarzuelas”, fueron presentadas en idioma español. De casi todas ellas existen aún los libretos, y de muchas se conservan partituras y material instrumental, aunque no siempre las versiones originales, sino orquestaciones piratas confeccionadas localmente.

El 27 de marzo de 1864, que para el caso puede ser considerada fecha histórica, el Teatro de la Zarzuela ofreció la primera gran obra de Offenbach de larga duración, titulada *Los dioses del Olimpo*, que no es otra que *Orphée aux enfers*, traducida y “arreglada” por Mariano Pina y Bohigas.

En 1869, en medio de los torbellinos políticos que ocurrirían después de la revolución, subieron a escena en Madrid no menos de 17 “zarzuelas” de Jacques Offenbach. En total, el teatro de la calle Jovellanos ofreció 12 zarzuelas de autores españoles. En los Bufos Madrileños produjeron sólo siete. ¡Quiere decir que en ese año Offenbach estrenó en la capital española casi tantas obras como el resto de los compositores juntos!

La vida parisina fue presentada por primera vez por los Bufos Madrileños en el Circo de Paul en diciembre de 1868. El Teatro de la Zarzuela no se hizo esperar, y en julio de 1869 estrenó una versión de la obra arreglada por Luis Rivera. La respuesta de Arderius no tardó en llegar, ya que en abril de 1870 presentó la zarzuela *La vida madrileña*, con letra de Mariano Pina. El avezado empresario le cambió el título y trasladó la acción a su propia ciudad, pero la música es la misma.

En 1870 representaron en España no menos de 18 obras de Offenbach, ocho de ellas en calidad de estreno, tantas como las de los demás autores juntos. El 27 de septiembre de ese año llegó a Madrid el compositor en persona, acompañado de su esposa. Esa misma noche asistió a la función de su *Genoveva de Brabante* en el Teatro de los Bufos, y a la de *Barbazul* en el Teatro de la Zarzuela. En ambos teatros fue reconocido por el público y efusivamente agasajado en escena.

El 14 de octubre, después de dirigir varias muy exitosas funciones de *Los brigantes* en la calle Jovellanos, Offenbach emprendió el regreso a San Sebastián, prometiendo regresar a Madrid



El empresario Francisco Arderius, de la compañía Bufos madrileños

en un futuro cercano. Pero ese retorno no llegó a concretarse.

Cabe preguntarnos por qué, habiendo adquirido España, y en grado apenas menor Italia y Portugal, tanta importancia para la carrera de Offenbach, no encontramos indicio alguno de estos eventos en los doctos libros que sobre Offenbach se han publicado hasta la fecha, principalmente en Alemania, Francia, el Reino Unido y Estados Unidos. Más aún, se impone la pregunta: ¿por qué no los menciona el propio compositor?

Jacques Offenbach, el mejor promotor de sus obras, uno de los más hábiles y astutos usuarios de la prensa y eximio manipulador de noticias, se preocupó siempre por informar a todo el mundo de sus éxitos, homenajes y condecoraciones. Pero de los países señalados, salvo que alguna u otra muy vaga alusión a Italia, mutismo absoluto.

¿Habría considerado Offenbach a España como refugio, donde él y su familia se verían protegidos si tuviesen que abandonar Francia o Alemania? ¿Tendría allí depositado algún dinero, proveniente del cobro de sus derechos de autor, para usar en caso de emergencia? Ambas hipótesis son creíbles.

Su fama le permitió conocer de cerca a muchas de las personalidades políticas de su tiempo. Como buen observador del mínimo gesto humano, Offenbach percibió en las personas no sólo sus emociones del momento, sino también sus inclinaciones e intenciones encubiertas, y sabía de sobra que había muy pocas en quienes se podía confiar. Vivió constantemente al acecho de los vientos que soplaban en el continente europeo. Su instinto debió dictarle entonces que era preciso procurarse un sitio geográfico relativamente neutral, un tanto alejado. Para Offenbach, ese sitio y ese recurso, aunque no representaban una garantía absoluta, bien pudo ser España, donde tal vez podía exiliarse si las cosas pasaban a mayores.

Offenbach conoció personalmente a mucha gente importante en Madrid, empezando por el Regente, el general Serrano, y el entonces jefe de gobierno, Práxedes Mateo Sagasta, en los tiempos de sus exilios parisinos. Es interesante que Offenbach nunca le dio publicidad a este hecho, ni tampoco mencionó que después de una estadía de apenas tres semanas en Madrid se le otorgó una de las más altas condecoraciones españolas: la Real y Distinguida Orden de Carlos Tercero.

Es evidente que en la capital española Jacques Offenbach gozó en esa época del más alto respeto. No menos obvia fue su influencia en la zarzuela, el más característico exponente del arte lírico español. Con ello se manifestó un parentesco que merece la pena recordar también en la actualidad. ●



Portada de *Le journal illustré*, diseñada por Gustave Doré